

nante aspecto: «y cuando uno deja de vivir, esa horrible podredumbre es la primera trasformacion de la carne.»

—Cinco pasos por cuatro y medio; cuatro pasos y medio por cinco; cinco pasos por cuatro y medio, murmuró el preso paseándose por su celda; y escuchando el rumor de la ciudad, que llegaba débilmente á su oído como el sonido de los tambores enlutados, unas voces resonantes repitieron: «El hacia zapatos, él hacia zapatos.» El detenido volvió á pasearse de nuevo por su celda, precipitó sus pasos y los contó en voz alta como si quisiera así escapar á aquella dolorosa obsesion.

«Entre aquellas sombras, que se desvanecieron cuando volvió á cerrarse la puerta, habia una mujer enlutada y apoyada en el quicio de una ventana. Un pequeño rayo de luz brillaba sobre sus dorados cabellos; aquella mujer se parecia extraordinariamente á... ¡En nombre del cielo! corramos por los caminos y á través de los pueblos, cuyos habitantes, en vez de dormir, bailaban con devorante frenesí... ¡El hacia zapatos! ¡El hacia zapatos!... ¡Dios mio!... ¡Cinco pasos por cuatro y medio; cinco pasos por cuatro y medio!»...

El prisionero, sacudiendo uno tras otro aquellos trozos de frases que surgian de las profundidades de su alma, precipitaba cada vez más su marcha, contaba obstinadamente los pasos que iba dando, y á los rumores de la ciudad, que continuaban oyéndose como el sonido de los fúnebres tambores, se unian las voces desgarradoras de las personas á quienes amaba.

## CAPITULO II.

### La piedra de afilar.

La sucursal que la casa Tellson habia establecido en París ocupaba, en el arrabal de San German, el ala izquierda de un inmenso palacio, y se hallaba situada en el fondo de un gran pátio; un elevado y sólido paredon separaban de la calle aquel pátio, y flanqueaba por uno y otro lado una puerta cochera de una resistencia á toda prueba. El noble á quien pertenecia aquel palacio, lo habia habitado hasta el momento en que habia huido de la capital disfrazado con el traje de su cocinero, para dirigirse apresuradamente á la frontera más próxima. Asustado como un animalillo cualquiera, escapándose al primer grito de los cazadores, no por eso dejaba de ser en su metempsicosis, el monseñor cuyo chocolate necesitaba en otro tiempo para llegar á sus lábios, el concurso de cuatro hombres vigorosos, sin contar en este número al que lo preparaba.

Al ausentarse monseñor, sus robustos criados se habian absuelto del crimen de haber cobrado sus salarios, declarándose dispuestos á cortarle el pescuezo; su palacio habia sido secuestrado y confiscado poco despues. Las cosas iban tan de prisa y los decretos se prodigaban con tal rapidez, que en la noche del 3 de Setiembre, varios emisarios de la ley se hallaban en posesión del palacio, que habian decorado con una bandera roja, y bebian aguardiente en las habitaciones de recepcion.

En Lóndres, un local semejante al que Tellson ocupaba en el palacio de monseñor, hubiese sacado la casa fuera de su centro y hasta la *Gaceta* hubiera censurado semejante lujo. ¿Qué hubieran dicho la responsabilidad y

la respetabilidad británicas, al ver plantados unos naranjos en el pátio de una casa de negocios, y un Cupido encima de la puerta del escritorio? Sin embargo, todo existía en París. Es verdad que Tellson había hecho dar un baño de cal al pérfido niño; pero no por eso había desaparecido á las miradas profanas, con su ligero traje. En Lóndres hubiera dado origen á una quiebra aquel joven pagano, aquella alcoba oculta por unas elegantes cortinas, aquel espejo incrustado en la pared, y aquellos dependientes jóvenes y frescos, que hubieran sido capaces de bailar en público á la menor invitacion que se les hubiese hecho. Pero un Tellson francés podia, con semejantes enormidades, hacer excelentes negocios; y desde su origen, ni un solo cliente habia huido al contemplar aquel agradable conjunto, ni habia creído en peligro su fortuna.

¿Cuántas restituciones tendria que hacer en lo sucesivo Tellson? ¿Qué cantidades no reclamadas quedarian en sus arcas? ¿Cuántas joyas y cuánta vajilla de plata se enmohecieran en sus escondites despues de la muerte de sus depositarios? ¿Cuántas cuentas corrientes quedarian para ser saldadas en el otro mundo? Nadie hubiera sido capaz de decirlo, incluso el mismo Mr. Lorry, á quien preocupaban vivamente semejantes dudas.

El agente de Tellson se hallaba sontoado al lado de la chimenea (el invierno prematuro se hacia ya sentir), y en el honrado y animoso rostro del gentleman se dibujaba una sombría inquietud. Siempre fiel á la casa, de la que venia á formar parte integrante, Mr. Lorry se habia instalado en el Banco, y su habitacion se hallaba próxima á las oficinas. La casualidad hizo que se hallase protegido por la ocupacion patriótica del cuerpo principal del edificio; pero el buen hombre no lo habia calculado: con tal de cumplir con su deber, todo lo demás le era completamente indiferente.

Al otro lado del pátio, enfrente de las habitaciones del gentleman, se hallaban las cocheras del palacio, sostenidas por una série de columnas, y en las cuales se veian aún los carruajes de monseñor; en una de dichas columnas estaban sujetas dos antorchas, que ardian al aire libre y difundian su vacilante claridad sobre una piedra de amolar, toscó aparato llevado allí, sin duda, de algun taller próximo al edificio.

El gentleman, que se habia aproximado á la ventana, palideció al contemplar aquellos objetos, inocentes por sí mismos, y volvió á sentarse al lado del fuego; habia abierto los cristales para cerrar las persianas, habia corrido las cortinas, y sin embargo tiritaba de piés á cabeza.

Al ruido de la noche que zumbaba en la ciudad, como sucedia diariamente, uníase de cuando en cuando algo que no tenia nada de terrestre: un rumor indescriptible, unos sonidos desgarradores y desconocidos que llegaban hasta el cielo.

—¡Dios mio, murmuró Mr. Lorry juntando sus manos en ademán de súplica, yo os doy gracias por no tener en estos sitios ninguno de los seres que adoro con toda mi alma! Tened compasion de las personas que se hallan en peligro.

Pocos momentos despues se oyó sonar la campanilla de la puerta principal. «¡Ya están ahí de vuelta!» dijo para sí el gentleman; pero no oyó una estrepitosa irrupcion en el pátio, como él se figuraba; la puerta se cerró de golpe y volvió á reinar en el palacio el mismo silencio de antes.

La emocion febril, el horror que experimentaba, aumentaba en Mr. Lorry esa vaga inquietud que da siempre la responsabilidad de un cargo importante. El gentleman se puso en pié; la caja y los libros estaban bien custodiados, y no queriendo permanecer solo, preparábase á reunirse con los fieles dependientes que se hallaban de

guardia en las oficinas, cuando la puerta se abrió de pronto y dió paso á dos personas, cuya aparicion le hizo retroceder lleno de sorpresa.

¡Lucía y su padre! Lucía, con los brazos extendidos y el aspecto desesperado de otros tiempos, formaba por sí sola, en aquel momento, un cuadro desgarrador.

—¿Qué ocurre? preguntó Mr. Lorry completamente estupefacto. ¿Qué es eso, Manette, Lucía? ¿Qué venis á hacer aquí?

Lucía, pálida, fuera de sí, y fijando en él sus espantados ojos, se arrojó en brazos del anciano.

—¿Y mi marido? preguntó con voz desgarradora.

—¿Vuestro marido, hija mia?

—Sí, Carlos.

—¿Qué es lo que le ha sucedido?

—Está aquí.

—¿En París?

—Hace ya algun tiempo, tres ó cuatro dias, no sé cuánto: ya no tengo memoria. Un caso de honor le ha obligado á partir sin contar con nosotros; le han detenido y se halla encerrado en la cárcel.

Un grito de angustia se escapó del pecho del anciano; en aquel mismo momento se oyó sonar violentamente la campanilla de la puerta principal, y un gran ruido de voces y de pasos se dejó oír en el centro del pátio.

—¿Qué ruido es ese? preguntó Mr. Manette dirigiéndose hácia la ventana.

—No abrais, exclamó el gentleman; doctor, en nombre del cielo, no os asomeis.

El doctor, sin quitar la mano de la falleba, se volvió sonriendo y le dijo con la mayor tranquilidad:

—No tengais cuidado, amigo mio, yo soy para ellos una persona sagrada. No hay en Francia un patriota que, al saber que yo he estado en la Bastilla, se atreva siquiera á tocarme, como no sea para estrecharme entre sus

brazos ó llevarme en triunfo. Gracias á mi antiguo martirio, he podido atrevesar la Francia, averiguar en dónde se hallaba Carlos, y llegar al lado vuestro. Yo no dudaba de mi influencia, porque esto tenia que suceder así; Carlos no tiene nada que temer, yo le salvaré, y así lo he prometido á Lucía. Pero ¿qué ruido es ese?

—¿No mireis, os lo suplico! Ni vos tampoco, hija mia, dijo rodeando con su brazo la cintura de la jóven. Pero no por eso vayais á asustaros; yo os aseguro que no sé nada que pueda alarmarnos acerca de la suerte de Carlos; ¿cómo habia yo de figurarme que se hallaba en París? ¿En qué cárcel está?

—En la Force.

—¿En la Force!.. Lucía, hija de mi alma, ya que sois buena y animosa, yo os suplico que procureis conservar toda la calma posible; haced al pié de la letra todo cuanto voy á deciros, porque tiene mucha más importancia de lo que podeis figuraros. Esta noche no podeis ya hacer nada, y además os sería imposible salir á la calle. Os digo esto en nombre de Carlos y por su propio interés; comprendo perfectamente que el sacrificio es penoso; pero entrad en mi habitacion, dejadme solo con vuestro padre, hacedme ese favor, obedecedme; pronto, pronto, en nombre de las personas que más os quieren.

—Yo haré todo cuanto me mandeis, amigo mio, ya lo sabeis; vos no seriais capaz de engañarme, vuestro rostro me lo dice claramente.

El anciano la abrazó y la condujo á la habitacion antigua, cuya puerta cerró con llave. Volvió en seguida al lado del doctor, abrió la ventana, separó un poco las persianas, y él y Mr. Manette examinaron el pátio.

Unos cincuenta individuos, hombres y mujeres, se hallaban allí reunidos. Tan pronto como los guardias les abrieron la puerta, se dirigieron á la piedra de amolar y se pusieron á trabajar sin descanso. Aquel instrumento

estaba allí, sin duda alguna, para su servicio particular y para que se dedicasen á su tarea sin que nadie viniera á molestarles.

Pero ¡qué espantosa tarea la de aquellos obreros!

La piedra de amolar tenía un doble manubrio; dos hombres la hacían girar con verdadera furia, dos demonios cuyo rostro, rodeado de largos cabellos que les caían sobre la frente y sacudían hácia atrás á cada vuelta que daba la rueda, horrorizaba más que el de los más feroces salvajes. Espesas cejas y espesos bigotes aumentaban el aspecto siniestro de aquellos horribles mascarones; sus facciones, manchadas de sangre, se agitaban en medio de espantosos gritos; sus ojos permanecían dilatados y fijos; sus párpados estaban enrojecidos por la embriaguez y por la falta de sueño. Mientras daban vueltas á la rueda, sacudiéndose el rostro con sus trenzados cabellos que pasaban inmediatamente á flagelar sus cuellos y sus hombros, varias mujeres les llevaban el vino á los labios á fin de que pudiesen beber sin dejar de hacer funcionar el manubrio; y aquellas gotas enrojecidas, que caían de sus rostros y de sus vestidos, aquellas oleadas de chispas que se desprendían de la piedra, creaban á su alrededor una atmósfera infernal. Todos los individuos allí presentes, estaban llenos de manchas de sangre. Los unos, desnudos hasta la cintura, tenían cubierto de sangre el cuerpo y los brazos; los otros tenían sus andrajos empapados en sangre; unos cuantos hombres, diabólicamente adornados con cintas y puntillas, las habían teñido exprofeso en la sangre que acababan de derramar. Cuchillos, hachas, bayonetas ó sables, todo cuanto allí se veía para ser afilado, estaba enrojecido y húmedo. Varias hojas de acero, completamente melladas, se hallaban sujetas á las muñecas de algunos individuos por medio de tiras de tela ó de trapo; el tejido difería algun tanto, pero el color era el mismo; y cuando los poseedores de aquellas armas las

arrancaban de las olas de chispas y salían furiosamente á la calle, blandiéndolas frenéticamente, el color rojizo que ya no existía en los aceros se reflejaba en sus miradas, y este espectáculo hubiera inducido á cualquier espectador á acabar con ellos á tiros, aun á trueque de veinte años de existencia.

Todo aquello fué visto en un momento; el hombre que se halla á punto de ahogarse ó que va á arrostrar próximamente algun peligro, veía un mundo en un minuto, si lo tuviese en su presencia.

Los dos amigos se separaron de la ventana, y Mr. Manette preguntó con la vista al gentleman qué significaba aquella horrible vision.

—Que asesinan á los detenidos, dijo el anciano bajando la voz y mirando recelosamente en torno suyo. Si es verdad que teneis la influencia de que hablábais hace un momento, dáos á conocer á esos demonios y marchad con ellos á la Force; tal vez sea ya demasiado tarde; no lo sé; pero no hay que perder un solo momento.

El doctor, con la cabeza descubierta, salió precipitadamente de la habitacion y se halló en el pátio en el momento en que el gentleman volvía á asomarse á la ventana. Sus largos cabellos blancos, sus distinguidas facciones, la confianza con que se lanzó en medio de las armas, que fué separando para abrirse paso, impresionaron á los espectadores, y en ménos de un minuto llegó al centro del grupo que rodeaba la piedra de amolar. Cesó el movimiento de la rueda, hubo un momento de silencio y luego un murmullo que fué creciendo y al cual se unió la voz del doctor. Mr. Lorry vió al grupo ponerse en movimiento; veinte hombres se pusieron en correcta formacion, rodearon á Mr. Manette y salieron del pátio gritando:

—¡Viva el detenido de la Bastilla! ¡Paso al detenido de la Bastilla! ¡A la Force, para poner en libertad al yerno del detenido de la Bastilla!

El gentleman volvió á cerrar la puerta, corrió las cortinas, y, con el corazón profundamente agitado, se dirigió apresuradamente á la habitación en que se hallaba Lucía para decirle que su padre, acompañado del pueblo, acababa de salir en busca de Mr. Darnay. La jóven se hallaba al lado de su niña y de miss Pross; pero Mr. Lorry no notó la presencia de estas dos personas hasta que mucho tiempo despues, sentado ya al lado de la chimenea, recobró su sangre fría todo cuanto era posible en aquella espantosa noche.

Lucía, llena de terror, se hallaba á sus piés y se agarraba á su mano como á su último apoyo. Miss Pross habia acostado á la niña en la cama del gentleman, y su cabeza, inclinándose poco á poco, habia caído sobre la almohada en que descansaba la chiquitina. ¡Qué larga se hizo la noche al lado de aquella angustiada mujer! ¡Qué larga, Dios mio! ¡El doctor no volvía y no se tenía de él noticia alguna!

Llamaron dos veces á la puerta principal, el pátio fué invadido por dos veces, y la piedra de amolar giró é hizo saltar sus chispas en medio de un espantoso bullicio.

—¿Qué es eso? preguntó Lucía llena de terror.

—Silencio, hija mia; es que están afilando los sables de los soldados; este palacio es ahora propiedad de la nación, y sirve de taller para la fabricacion de armas.

La última sesion habrá sido más corta que las anteriores, y la tarea se habrá llevado á cabo con ménos ardor y por un número más reducido de personas. Poco tiempo despues empezó á rayar el día. Mr. Lorry se separó cuidadosamente del lado de la jóven, se aproximó á la ventana, la abrió con gran cuidado y examinó el pátio. Un hombre, de tal modo cubierto de sangre que parecía un soldado muerto en el campo de batalla, yacía al lado de la piedra de amolar. Estenuado por la horrible matanza del día anterior, se levantó, haciendo un penoso es-

fuerzo, miró en torno suyo con ojos alelados y vió, á la débil luz del sol naciente, una de las carrozas de monseñor; arrastróse vacilando hasta el elegante carruaje, subió á él, cerró la portezuela y se durmió de nuevo sobre los ricos y mullidos almohadones.

Mr. Lorry se asomó nuevamente á la ventana poco tiempo despues, y ya el sol enrojecía los adoquines y los paredones del pátio; la piedra de amolar se destacaba sola en aquel reducido circuito, y tenía un reflejo rojizo que el sol no dió nunca, y que su luz no puede borrar.

### CAPITULO III.

#### La sombra.

Una de las primeras consideraciones que se le ocurrieron á Mr. Lorry, fué la de que él no tenía derecho para comprometer los negocios de Tellson alojando en el Banco á la mujer de un emigrado. El hubiera sacrificado por Lucía Darnay y por su familia, su fortuna, su libertad y su vida sin la más pequeña vacilacion; pero el depósito que le habia sido confiado no le pertenecía, y bajo este punto de vista quería continuar siendo el rígido y escrupuloso agente de la casa que le tenía á sus órdenes.

Al pronto pensó en Defarge y quiso ir en busca del tabernero para preguntarle en qué parte de la ciudad podría alojarse una mujer con mayor seguridad. Pero la misma consideracion le hizo renunciar á este proyecto: Defarge habitaba el barrio más revolucionario de Paris; estaba sin duda alguna grandemente comprometido en la obra terrible del arrabal de San Antonio, y podia ser peligroso despertar su atencion.

Como dieron las doce del día sin que el doctor volviese,

y cada minuto de retraso podia comprometer al Banco, el gentleman participó sus temores á Lucía. La jóven le contestó que Mr. Manette tenia el propósito de alquilar una habitacion en aquel mismo barrio; los asuntos del Banco no se oponian á esta determinacion, y como era imposible marcharse, áun suponiendo que Carlos fuese puesto en libertad, el gentleman salió inmediatamente en busca de habitacion y no tardó en hallar una con todos los requisitos necesarios, situada en la esquina de una apartada calle, cuyas persianas cerradas hacian comprender que las casas se hallaban deshabitadas.

Instaló en ella inmediatamente á Lucía, á la niña y á miss Pross, y les procuró todas las comodidades posibles, es decir, muchas más de las que él mismo tenia. Dejó en su compañía á Cruncher, á quien consideraba con todas las aptitudes necesarias para saber defender la casa y recibir sin pestañear una lluvia de palos en la cabeza; en seguida volvió al Banco. Con el alma llena de angustia y de pena, se puso á trabajar y las horas trascurrieron para él con una horrible lentitud.

El tiempo, sin embargo, siguió su curso natural y las oficinas se cerraron. El gentleman se halló solo en la habitacion en que se encontraba la noche anterior, y se puso á reflexionar en lo que debia hacer; de pronto oyó ruido de pasos en la escalera. Algunos instantes despues, penetró un hombre en la sala, y examinando atentamente al gentleman, le dirigió la palabra llamándole por su nombre.

—Servidor vuestro; ¿acaso me conocéis? le preguntó Mr. Lorry.

Era un hombre vigoroso, de unos cuarenta y cinco á cincuenta años, y su robusta cabeza se hallaba adornada por una cabellera negra, espesa y rizada.

—¿No os acordais de mí? dijo en vez de contestar á la pregunta que se le dirigia.

—Sí, creo que os he visto...

—En mi tienda de vino.

—¿Venis de parte del doctor? repuso el gentleman sin poder dominar su alegría.

—Sí, del ciudadano Manette.

—¿Os ha dado algo para mí?

Defarge le entregó un trozo de papel en que se veían escritas algunas líneas.

«Carlos vive y goza de buena salud; pero seria una imprudencia el abandonarle. He conseguido que el portador de esta esquela me hiciese el favor de decir algo á Lucía de parte de nuestro querido preso; acompañadle al sitio en que se halle mi hija.»

Ensanchóse su corazon al leer aquellos renglones y dijo á Defarge:

—¿Quereis ir conmigo á casa de Mme. Darnay?

—Sí, respondió el tabernero.

Sin notar en aquel momento la brevedad y sequedad de las palabras del ciudadano Defarge, Mr. Lorry se puso el sombrero, y seguido del patriota, se dirigió al pátio y hallaron en él á dos mujeres, una de las cuales estaba haciendo calceta.

—¡Mme. Defarge! dijo Mr. Lorry, que la halló tal y como la habia dejado hacia ya diez y siete años.

—Ella es en efecto, respondió el tabernero.

—¿Viene vuestra esposa con nosotros? preguntó el gentleman, viendo que la mujer se disponia á seguirlos.

—Para que conozca á las personas, es preciso que las vea; eso les tiene más cuenta de lo que parece.

Mr. Lorry, que empezaba á observar la sequedad y los modales del tabernero, le miró con cierta inquietud, y abriendo la marcha, se encaminó hácia la morada de Lucía. De las dos mujeres que le seguian, la segunda era la Venganza.

Atravesaron rápidamente las calles que debian recor-

rer, subieron la escalera, fueron introducidos por Jerry, y hallaron á la jóven completamente sola y llorando desconsoladamente. Las noticias que le facilitó Mr. Lorry-la llenaron de alegría y estrechó la mano que la presentaba la esquila de Carlos, muy ajena de pensar lo que habia hecho aquella mano en las dos noches anteriores, y lo que únicamente la casualidad le habia impedido hacer al mismo Carlos Darnay.

«Ten valor, querida de mi alma, decia la esquila; me hallo bueno y sano, y tu padre tiene una gran influencia entre las personas que me rodean. No trates de responderme, y abraza en mi nombre á nuestra hija.»

Esto es todo cuanto decia aquel papel; pero aquellas pocas palabras tenian tanto valor para la mujer que las recibia, que, llena de gratitud, se volvió hácia Mme. Defarge y le besó la mano. En vez de corresponder de algun modo á aquella delicada prueba de profundo agradecimiento, la mano cayó fria é inerte y continuó el trabajo de la calceta.

Lucia, helada al contacto de aquella mano, se detuvo al tiempo de ir á guardar en su seno la esquila de Carlos, y miró á la calcetera llena de espanto. Mme. Defarge enarcó las cejas y contempló impasible y fijamente el aterrorado rostro de la jóven.

—Querida mia, dijo Mr. Lorry para explicar la visita de la calcetera, los motines se suceden con harta frecuencia en los tiempos que corremos, y áun cuando es muy probable que nada tengais que temer de ellos, madame Defarge ha deseado venir con objeto de conoceros y protejeros en el caso de ocurrir algun desagradable incidente. Yo creo, añadió Mr. Lorry, el cual cada vez más turbado por la impasibilidad de las tres personas allí presentes se detenia á cada palabra, yo creo, ciudadano Defarge, que el propósito de vuestra mujer es el que yo acabo de indicar.

El ciudadano miró de un modo sombrío á su mujer, y sólo respondió por medio de una especie de gruñido que parecia envolver una afirmacion.

—Lucia, dijo el gentleman con acento conciliador, yo creo que debeis llamar á miss Pross y á nuestra querida niña. Ciudadano Defarge, miss Pross es una señora inglesa y no entiende el francés.

La señora en cuestion, persuadida hasta no poder más de que valia tanto, por lo ménos, como otra extranjera cualquiera, no era mujer capaz de dejarse abatir por la desgracia ó desconcertar por el peligro; detúvose enfrente de la Venganza, que fué la primera persona que se fijó en ella, y dijo en inglés: «¡Valiente alhaja! ¡Ya puede estar satisfecha de su fealdad!» Luego tosió con cierto desenfado, examinando á la tabernera de piés á cabeza; pero ninguna de aquellas dos mujeres pareció ocuparse de ella.

—¿Es esta su hija? preguntó Mme. Defarge señalando á la pequeña Lucia con su aguja de hacer calceta, como si aquella aguja hubiese sido el dedo del Destino.

—Sí, señora, respondió Mr. Lorry; esta es la hija idolatrada de nuestro pobre detenido; esta es su única hija.

La calcetera se acercó de un modo tan amenazador á la pobre chiquitina, que la jóven se arrodilló cerca de su hija y la estrechó sobre su corazon.

—Está bien, podemos marcharnos; ya las he visto, dijo Mme. Defarge.

Pronunció estas palabras con una entonacion tan terrible, que Lucia, cogiendo con mano suplicante la falda de la calcetera, exclamó:

—Sed buena con mi marido, no le hagais ningun daño; ¿podeis hacer que me concedan permiso para verle?

—Yo no tengo nada que ver con tu marido, respondió Mme. Defarge; yo no pienso en él en este momento, sino en la hija de tu padre.

—En ese caso, sed buena con él en nombre mío, en nombre de mi hija. ¡Yo os suplico que seais generosa!

La ciudadana se volvió hácia su marido; Defarge, que se roía impacientemente la uña del dedo pulgar, revistió un aspecto más sombrío al hallarse con la mirada de su mujer.

—¿Qué es lo que te escribe el preso en esa esquela? preguntó Mme. Defarge á Lucía; ¿qué es lo que dice ahí de influencia?

—Dice que mi padre la tiene, replicó la jóven sacando el billete que había guardado en su seno, y clavando en la calcetera sus hermosos ojos llenos de espanto.

—Pues tu padre hará que le pongan en libertad, dijo Mme. Defarge con tono indiferente.

—¡Señora, exclamó Lucía lanzando un grito de angustia, yo os lo suplico, tened compasion de nosotros; no empleeis vuestro poder en contra de mi pobre marido; yo os aseguro que es inocente; haced que vuelva á mi lado; vos, como mujer, sois una hermana mia; tened compasion de una esposa y de una madre!

Mme. Defarge, despues de contemplar friamente á la suplicante, se volvió hácia la Venganza, y dijo con voz glacial:

—Nunca se ha hecho caso de las esposas y de las madres que nosotras hemos conocido. Muchas veces las han arrebatado á sus padres y á sus maridos para encerrarlos en una prision. Desde que vinimos al mundo hemos visto sufrir á nuestras hermanas y á sus hijos: las hemos visto sufrir el frio, el hambre, la sed, la tiranía, toda clase de desventuras, toda clase de horrores.

—Eso y nada mas que eso es lo que hemos visto, dijo tranquilamente la Venganza.

—Yo te pregunto, repuso Mme. Defarge dirigiéndose á Lucía, si despues de todo eso es posible que nos conmueva la pena de una esposa y el dolor de una madre.

Recogió su calceta y salió acompañada de la Venganza. Mr. Defarge fué el último que se retiró y cerró la puerta.

—¡Valor, hija mia, dijo Mr. Lorry levantando del suelo á la jóven, valor! todo va perfectamente; ¡qué distinta es nuestra situacion de la de tantas pobres criaturas! ¡Vamos, hija mia, vamos, debeis mostraros agradecida á la Providencia!

—Ya lo sé, no creais que soy ingrata; pero la presencia de esa mujer ha oscurecido mi porvenir y no me es posible acariciar ninguna esperanza.

—¿Es posible, exclamó el gentleman, que desfallezca un corazon tan animoso? Yo os aseguro, querida Lucía, que no debeis ya abrigar temor alguno.

Aquellas consoladoras palabras no podian surtir ningun efecto. Los esposos Defarge habian llevado al colmo el dolor y la angustia que reinaban en aquella casa.

#### CAPITULO IV.

##### La calma en medio de la tempestad.

Hasta el cuarto dia de su salida del palacio, no volvió el doctor Manette. Los actos de crueldad que se cometieron en aquellos aciagos dias, se le ocultaron tan perfectamente á Lucía, que hasta mucho tiempo despues de su regreso á Londres no supo que mil cien prisioneros, hombres, mujeres y niños, habian sido asesinados por el populacho. Lo único que sabia era que habian sido asaltadas las cárceles, que la vida de los presos habia estado en gran peligro, y que algunos de aquellos desdichados, arrancados de su triste asilo, habian sido degollados.